



Johann Sebastian **Bach** en Rügen (fragmento)

Bernhard Schlink

1

Al final de la película se le llenaron de lágrimas los ojos. Y eso que no tenía un *happy end*; no acababa con la promesa de un futuro feliz, sólo con una vaga esperanza. Los dos, hechos el uno para el otro, no se encontraban, pero quizá volvieran a hacerlo algún día. Ella había perdido su negocio, pero se arriesgaría a comenzar de nuevo.

Había perdido su negocio porque su hermana le había quitado el dinero. Pero podía volver a empezar, porque su padre, un viejo gruñón que algunas veces cuidaba a su hijo, más mal que bien, y que en general le llenaba la cabeza de ideas insensatas, había vendido inesperadamente su casa y le había regalado la furgoneta que necesitaba. Después, padre e hija se quedaban en la calle contemplando la furgoneta, ella con la cabeza apoyada en su hombro, y él rodeándola con su brazo. Su negocio consistía en limpiar los escenarios de un crimen, y en la última escena padre e hija se ponían a trabajar juntos, con sus monos azules, sus mascarillas blancas y esa familiaridad que no necesita palabras.

Que los ojos se le llenaran de lágrimas si la película tenía un *happy end* era algo que le ocurría cada vez más a menudo. Se le encogía el corazón, se le humedecían los ojos y, antes de hablar, tenía que carraspear un poco. Pero no se le saltaban las lágrimas. Y eso que le habría gustado llorar no sólo en el cine, con los finales felices, sino también cuando le embarga-

ba la tristeza por el fracaso de su matrimonio o cuando la muerte de su mejor amigo o, simplemente, por la pérdida de las ilusiones y los sueños de la vida. De niño lloraba en sueños, pero ahora ya no podía.

Ya hacía muchos años de la última vez que habría podido llorar a lágrima viva. Fue cuando tuvo con su padre la típica discusión política que por entonces era tan frecuente entre generaciones y en la que los padres veían amenazado todo aquello por lo que habían vivido y los hijos encontraban que todo lo que querían hacer de otro modo o de una manera mejor estaba prohibido. Él comprendía y respetaba el dolor de su padre por la pérdida de ese mundo amado y familiar y sólo pretendía que su padre comprendiese y respetase del mismo modo su deseo de un mundo nuevo. Pero su padre le tachó de desconsiderado, inexperto, insolente, irrespetuoso e irresponsable, hasta que le entraron ganas de llorar. No quería brindarle aquel triunfo a su padre, así que se tragó las lágrimas y, aunque no podía hablar, se encaró con él.

¿Habría vendido su padre la casa y le habría comprado una furgoneta si la hubiese necesitado? ¿Le habría ayudado a limpiar el escenario de un crimen con un mono azul y una mascarilla blanca? No lo sabía. En su caso no se habría tratado de furgonetas, monos de trabajo ni mascarillas. ¿Le habría apoyado su padre si hubiera perdido su puesto de trabajo a causa de su compromiso político? ¿Le habría ayudado a empezar una profesión distinta o a



establecerse en otro país? ¿O habría considerado que le estaba bien empleado y que no se merecía ninguna ayuda?

Incluso en el caso de que su padre le hubiera ayudado, jamás habría sido con esa intimidad que no requiere palabras y que en la película se establecía entre padre e hija. Era un *happy end* pequeño en medio del vago final de la película. Era un pequeño milagro, ante el que uno podía permitirse llorar.

2

Había pensado en tomar un taxi y, ya en casa, ponerse con el artículo que el periódico quería publicar a principios de la semana siguiente. Pero al salir del cine, verse en la calle y sentir el agradable aire de aquella noche de verano, decidió ir andando. Atravesó la plaza, pasó junto al museo y siguió a lo largo del río. Le asombró lo animadas que estaban las calles. Se encontró grupos de turistas y vio que, en general, viejos y jóvenes iban juntos. Le conmovió especialmente un grupo de italianos. Abuelo y abuela, padre y madre, hijos e hijas, acompañados por amigos y amigas, iban acercándose a él de frente, cogidos todos del brazo, con paso ligero y cantando bajito; le miraron e hicieron gestos para animarle a unirse a ellos, pero antes de que pudiera empezar a pensar qué pretendían con aquella provocación y aquella invitación y en cómo debía reaccionar, ya se habían alejado. Será que cuando veo a padres e hijos felices juntos me pongo sentimental, se dijo.

Volvió a pensar en ello cuando se estaba tomando un vaso de vino en el restaurante italiano de su barrio. Dos mesas más allá estaban sentados un padre y un hijo en amigable y animada charla. Entonces



Estadio Olímpico. 2011

cambió de humor; sintió envidia, rabia y amargura. No podía recordar ni una sola conversación parecida con su padre. Si la charla era animada, acababan discutiendo de cuestiones políticas, jurídicas o sociales. La conversación sólo era amistosa cuando se reducía a un simple intercambio de informaciones triviales.

A la mañana siguiente volvió a cambiar de humor. Era domingo, estaba desayunando en la terraza, el sol brillaba, cantaba el mirlo y las campanas de la iglesia tocaban. No quería sentir amargura y tampoco quería que el día en que su padre muriera le quedaran sólo malos recuerdos o recuerdos insípidos. Cuando calculó que sus padres habrían vuelto de la iglesia, los llamó. Como siempre, contestó su madre y, como siempre, la conversación giró en torno a las actividades, la salud y el tiempo.

—¿Qué te parece si invito a padre a un viajecito?

Pasaron unos instantes antes de que su madre contestara. Él sabía que pocas cosas había que ella deseara más que una mejor relación entre los hijos y el padre. ¿Tardaba en contestar porque no cabía en sí de alegría ante su pregunta o porque temía que la relación entre él y su pa-



La Estación de las Lágrimas. 2011

dre estuviera ya demasiado deteriorada?
Por fin, le preguntó:

— ¿En qué tipo de viaje estás pensando?

— Lo que nos gusta tanto a él como a mí es el mar y la música de Bach —contestó, riéndose—. ¿Se te ocurre alguna otra cosa que nos guste a los dos? A mí no. En septiembre hay un pequeño festival de música de Bach en Rügen y he pensado en pasar dos o tres días allí, asistir a un par de conciertos y darnos unos paseos por la playa.

— Sin mí.

— Sí, sin ti.

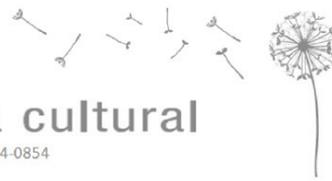
La madre volvió a necesitar unos instantes antes de contestar y, como cogiendo impulso, finalmente dijo:

— ¡Qué idea tan bonita! ¿Puedes escribirle una carta a tu padre? Temo que, si se lo dices por teléfono, se sienta invadido y reaccione de una forma negativa. Luego lo lamentaría enseguida. Pero ¿para qué arreglar a posteriori lo que podría ser más fácil desde un principio haciéndolo por escrito?

padres y en la que él había crecido. Ya había reservado la habitación del hotel y las entradas para los conciertos. Había decidido dejar los pueblos más grandes con sus magníficos edificios de fin de siglo y, como a su padre le gustaría algo más modesto, alojarse en un hotel sencillo de un pueblo pequeño cuya playa se extendía a lo largo de kilómetros y kilómetros. El viernes por la tarde irían a oír las *Suites francesas*; el sábado por la noche, dos de los *Conciertos de Brandeburgo* y el *Concierto italiano*, y el domingo por la tarde, unos motetes. Llevaba los programas y se los dio a su padre cuando iban por la autopista. Aparte de eso, se había preparado lo que quería preguntarle durante el viaje: sobre su niñez, su juventud, los estudios y los comienzos profesionales. Aquello debería transcurrir sin discusiones entre ellos.

“Muy bien”, dijo el padre después de haber leído los programas, y se quedó callado. Estaba erguido, con las piernas cruzadas, los brazos apoyados en los reposabrazos y las manos colgando. Así solía estar también en la butaca de su casa y así lo recordaba él, antes de presentarse al examen final del bachillerato, cuando lo fue a visitar al tribunal y asistió a un juicio. Parecía distendido, y la inclinación de su cabeza y la insinuación de una sonrisa daban a entender que se disponía a escuchar con atención e interés. Al mismo tiempo, con aquella postura mantenía las distancias. Así se distiende quien no se interesa ni por las personas ni por las situaciones; así inclina la cabeza y sonríe quien se escuda tras una sonrisa y escucha con escepticismo. Después de haberse sorprendido varias veces, con horror, sentado del mismo modo que su padre, lo sabía.

Le preguntó por sus recuerdos más tempranos y se enteró de que, a los tres años,



había recibido un traje de marinero como regalo de Navidad. Le preguntó por las alegrías y las penas en el colegio y el padre se tornó más locuaz y le habló de los duros ejercicios de la clase de gimnasia; le habló de la clase de historia nacional y de las dificultades que había tenido con las redacciones hasta que tomó como ejemplo los artículos de un libro que encontró en la librería de su padre. Le habló de las clases de baile y de los encuentros con los alumnos del último curso, cuyas borracheras eran tan sonadas como las de los miembros de las hermandades estudiantiles, tras las cuales se iban a un burdel los que ya se sentían mayores. Por supuesto, él no había ido nunca a ninguno y en las borracheras sólo había participado con escaso entusiasmo. En su época de estudiante se había negado a ingresar en ninguna hermandad, a pesar de la insistencia paterna. Él quería estudiar y enriquecer su intelecto en la universidad, después de que la escuela sólo le hubiera brindado migajas o limosnas. Le habló de los catedráticos a cuyas clases magistrales había asistido y de los actos en los que había participado, y todo aquello acabó fatigándolo.

—Puedes reclinar el respaldo y dormir.

El padre reclinó el respaldo.

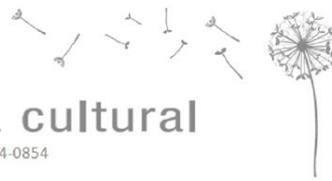
—Sólo voy a descansar un poco —dijo, pero pronto se quedó dormido, roncó y hasta chasqueó la lengua en algún momento.

Su padre durmiendo... Cayó en la cuenta de que eso era algo que no había vivido hasta entonces. No podía recordar haber jugado con sus padres en la cama, ni haber dormido o haberse despertado con ellos. Se iban de vacaciones solos, y a él y a sus hermanos los mandaban a casa de los abuelos

o de los tíos. A él le parecía bien; vivía las vacaciones como una liberación no sólo del colegio, sino también de sus padres. Miró a su padre: vio los pelos de la barba en la barbilla y en las mejillas, los pelillos que le salían de la nariz y las orejas, la saliva en las comisuras de los labios, las venillas reventadas de la nariz. Al mismo tiempo, lo olió. Despedía un olor ligeramente rancio, levemente ácido. Se alegraba de que entre sus padres y él no hubiera habido nunca ninguna muestra de afecto, aparte del beso de saludo y de despedida que la mayoría de las veces lograba evitar. Y después se preguntó si se enfrentaría al cuerpo de su padre con una actitud más cariñosa si las muestras de afecto hubieran sido habituales entre ellos.

Se paró a repostar, y su padre, como pudo, se dio media vuelta y siguió durmiendo. Se encontraron en medio de un atasco; una ambulancia se abrió paso entre los coches con las luces azules y la sirena, y su padre musitó algo, pero sin llegar a despertarse. Le irritaba aquel sueño profundo de su padre; lo consideraba la expresión de la buena conciencia con la que siempre había ido por la vida a pesar de la prepotencia con la que le había juzgado y condenado a él. Por fin se deshizo el atasco. Rodeó Berlín, atravesó Brandeburgo y llegó a Mecklemburgo. La desnudez del paisaje le puso melancólico y el inicio del crepúsculo le calmó el ánimo.

—Sosegado está el mundo y, bajo el velo del crepúsculo, ¡cuán íntimo y encantador! —dijo su padre, despertándose y citando a Matthias Claudius. Él le sonrió y su padre le devolvió la sonrisa—. He soñado con tu hermana cuando era pequeña. Trepaba a un árbol, subía y subía, y después volaba a mis brazos, ligera como una pluma.



Su hermana era hija de la primera mujer de su padre, que había muerto de sobrepeso y había quedado en la familia con el nombre de la mamá que está en el cielo, para diferenciarla de la segunda mujer, la mamá que estaba en la tierra. La segunda mujer era la madre de los dos varones y se había convertido en madre de la hermana también; los niños siempre se habían considerado hermanos y no medio hermanos. Pero él, a veces, se había preguntado si el cariño especial que su padre demostraba por la niña no sería la continuación del amor que le había inspirado su primera mujer. El crepúsculo, las sonrisas, el relato del sueño como reconocimiento de añoranza y signo de confianza le llevaron a pensar que podía formular la siguiente pregunta:

— ¿Cómo era tu primera mujer?

El padre no contestó. Habían pasado del crepúsculo a la oscuridad y no podía verle el rostro ni interpretar su silencio. Carraspeó, pero no dijo nada. Cuando el hijo ya había perdido la esperanza de recibir una respuesta, el padre dijo:

— Bueno, no era muy diferente a mamá.

4

A la mañana siguiente se despertó temprano. Se quedó en la cama preguntándose si su padre habría esquivado la pregunta o si no tenía más que decir de su primera mujer de lo que había dicho. ¿Habría mezclado afectiva y mentalmente a las dos mujeres porque no podía soportar la tensión de recordar, echar de menos y olvidar?

No eran preguntas que pudiera plantear a su padre durante el desayuno. Estaban sentados en la terraza con vistas al mar.

El padre le dio recuerdos de la madre, con la que acababa de hablar por teléfono, abrió el huevo cocido, puso jamón en una mitad del panecillo y queso en la otra, y empezó a comer en silencio y concentrado. Cuando acabó, se puso a leer el periódico.

¿De qué hablarían madre y él por teléfono? ¿Se intercambiarían sólo la información de cómo habían dormido y cómo estaba el tiempo aquí y allí? ¿Por qué se refería a ella como “mamá” si ninguno de los hijos la llamaba así? ¿Le interesaba el periódico o sólo se escondía tras él? ¿Se sentiría cohibido por viajar con su hijo?

— Probablemente te parecerá bien que el gobierno...

Sonaba como si su padre quisiera iniciar una de sus habituales disputas políticas, pero no le dejó continuar.

— Hace días que no leo el periódico. La semana que viene volveré a hacerlo. ¿Quieres que vayamos a la playa?

El padre dijo que quería acabar de leer el periódico, pero no intentó arrastrarle a una discusión. Al cabo de un rato, lo dobló y lo dejó sobre la mesa.

— ¿Vamos?

Fueron a la playa. El padre, con traje, corbata y zapatos negros; él, con vaqueros, camisa y las deportivas atadas por los cordones y colgadas al hombro.

— Durante el viaje me hablaste de tus estudios. Y ¿qué hiciste luego? ¿Por qué no tuviste que ir a la guerra? ¿Cuál fue la razón para que perdieras tu puesto de juez? ¿Te gustaba ser abogado?



—¡Cuatro preguntas a la vez! Entonces ya padecía las arritmias que sigo teniendo. Eso es lo que me libró de ir a la guerra. El puesto de juez lo perdí por asesorar jurídicamente a la Iglesia de la Confesión. Eso irritó al presidente del Tribunal Federal y a la Gestapo, así que me hice abogado y seguí asesorando a la Iglesia. Mis compañeros de bufete me dejaban hacer, apenas llevé ninguno de esos típicos asuntos de contratos, sociedades, hipotecas y testamentarias, y a los tribunales iba rara vez.

—Leí en el Tageblatt el artículo que escribiste en 1945, en el que decías que había que dejar a un lado el odio a los nazis, los ajustes de cuentas y las represalias; que había que superar todos juntos aquellas circunstancias difíciles, reconstruir entre todos las ciudades y los pueblos destruidos, acercar a los refugiados... ¿A qué venía tanta condescendencia? Los nazis habían ocasionado daños peores, ya lo sé, pero en cualquier caso a ti te habían quitado tu puesto.

Avanzaban despacio por la arena. Su padre no parecía tener intención de quitarse los zapatos ni los calcetines ni de remangarse los pantalones, sino que continuaba avanzando paso a paso con dificultad. A él le daba lo mismo no llegar al Cabo Arkona, que estaba al final de aquella playa larga, de arena blanca, pero —estaba seguro— no ocurría lo mismo con su padre, que se fijaba objetivos, hacía planes y durante el desayuno había estado documentándose sobre el cabo. En tres horas tenían que estar de vuelta en el hotel.

De nuevo estaba a punto de renunciar a una respuesta, cuando su padre dijo:

—No puedes ni imaginarte cómo es la vida cuando todo se descoloca. En ese



En contravía. 2011

caso, lo más importante es restablecer el orden.

—El presidente del Tribunal Regional...

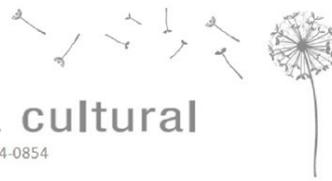
—... me saludó amablemente en 1945 como si yo acabara de volver de unas largas vacaciones. No era un mal juez ni tampoco un mal presidente. Estaba descolocado, como todos, y se alegraba, como todos, de que aquello hubiera terminado.

Vio las gotas de sudor que cubrían la frente y las sienes de su padre.

—¿Y a ti te descolocaría caminar descalzo y quitarte la chaqueta y la corbata?

—No —contestó su padre riendo—. Quizá lo intente mañana. Hoy me gustaría sentarme en la orilla y contemplar las olas. ¿Qué te parece aquí? —No dijo si es que no podía o no quería seguir andando. Se subió las perneras del pantalón para que no le tirasen en las rodillas, se sentó en la arena con las piernas cruzadas, se puso a mirar el mar y ya no habló más.

Él se sentó a su lado. Liberado de la sensación de tener que hablar entre ellos, disfrutó del mar en calma y las nubes blancas, de la alternancia de sol y som-



bra, del aire salado y de la brisa. No hacía demasiado calor ni demasiado fresco. Era un día perfecto.

—¿Y cómo es que has leído mi artículo de 1945? —Era la primera pregunta que le hacía su padre desde que habían salido, y no pudo descubrir si encerraba desconfianza o simple curiosidad.

—Le hice un favor a un compañero del *Tageblatt* y me mandó una copia de tu artículo. Supongo que miraría en el archivo a ver si encontraba algo que pudiera interesarme.

Su padre asintió.

—¿Sentiste miedo cuando asesorabas a la Iglesia de la Confesión?

Su padre abandonó la postura que tenía, estiró las piernas y se apoyó en los codos. Parecía una postura un tanto incómoda y

debía serlo, porque poco después volvió a incorporarse y a cruzar las piernas.

—Durante mucho tiempo quise escribir sobre el miedo, pero desde que estoy jubilado y dispongo de tiempo, no me he decidido a hacerlo.

[...]

Bernhard Schlink (Bielefeld, Alemania, 1944) es ampliamente conocido por su novela *El lector*. Ha publicado en español también la saga de tres novelas *La justicia de Selb*, *El engaño de Selb* y *El fin de Selb*, las novelas *El regreso* y *El fin de semana*, y los libros de cuentos *Amores en fuga* y *Mentiras de verano* (Barcelona, Anagrama, 2012, pp. 197-219), de donde extractamos este cuento, muestra sugerente de sus ficciones y de sus temas, siempre al asomo en el ajuste de cuentas entre generaciones. El cuento completo, disponible en nuestra edición digital.

Una mirada en un viaje a Berlín

Las fotografías que ilustran esta *Agenda Cultural* son un viaje personal por la ciudad de Berlín. ¿El autor? Julián Hemelberg, joven fotógrafo que vive en Alemania y estudió en Bogotá. Mediante una serie de 20 fotografías, Hemelberg muestra una visión de Berlín en blanco y negro que habla de diversidad, cultura y música. La exhibición de su trabajo se puede ver en el Museo de la Universidad de Antioquia (Muua) desde el 22 de agosto de 2013, y se hizo posible gracias a la Embajada de Alemania en Colombia, al Instituto Goethe y a la Dirección de Relaciones Internacionales de nuestra *Alma Máter*, con su programa *De País en País*.

Una mirada en un viaje a Berlín es el preámbulo para una gran muestra de arte alemán que se tomará el Muua desde octubre, un exposición que ha estado en diferentes lugares y que llega a Colombia desde Brasil, donde estuvo hasta el mes de julio. *De País en País*, que la Universidad retoma de nuevo esta año con Alemania como invitado, es la razón para que el arte de este nación europea se pueda ver en nuestra ciudad. Con la propuesta de Hemelberg, Berlín se nos descubre bajo cuatro facetas: los rostros de sus habitantes, la arquitectura, el Carnaval de las Culturas, que se celebra cada año, y el tango, porque, según nos lo hace saber el artista cuando se recorre la sala donde encuentran sus fotografías, Berlín, después de Buenos Aires, “es la segunda ciudad del tango en el mundo”.